

X.

—V. M. oye á ese importuno? dijo el compañero que había hecho la centinela.

—Drik, es necesario que partas violentamente á cumplir una misión reservada, disponte esta misma noche.

—Estoy á las órdenes de V. M.

—Escribamos, dijo entrando en su cámara, un parte telegráfico á C. Loysel.

Drik se puso á la mesa.

—Remitireis á la capital de los prisioneros de Apatzingan... con todas las consideraciones posibles.

—Señor, V. M. tiene aquí un parte telegráfico.

—Dáale lectura.

Drik leyó en voz alta.

—“El coronel Potier, con un batallón del 81 de línea y un destacamento mexicano, sorprendió en Apatzingan.....

Detúvose lleno de asombros el secretario

—V. M. ya lo sabrá? se atrevió á preguntar al emperador.

—Adelante.

—“Sorprendió en Apatzingan á las bandas de Romero y Martínez, y otros jefes de guerrilla.

Después de un brillante combate, el enemigo fué completamente derrotado.

Doscientos hombres fueron muertos, ciento sesenta prisioneros; Romero y Martínez quedan en poder del coronel Potier.

Por nuestra parte solo hemos tenido algunos heridos y dos hombres muertos.—C. Loysel.”

—Toma, dijo el emperador, aquí están mis instrucciones, parte ahora mismo

—Serán cumplidas las órdenes de V. M. y saludando á Maximiliano salió para tomar un caballo y partir violentamente.

—Diablo! dijo al salir: la *Mujer Blanca* le ha avisado de la derrota.....estos amores son de mal agüero.

XI.

El emperador tomó otro parte telegráfico y leyó con ansiedad:

Oaxaca, Febrero 9.

“Oaxaca ha capitulado esta noche: Porfirio Diaz y la

guarnición se rinden á discreción. Todo el armamento queda en nuestro poder.

“Tengo el honor de ofrecer mis felicitaciones á V. M. *Bazaine*” Maximiliano arrojó el parte sobre el bufete.

—Ella lo ha dicho, á la desaparición de un ejército la nación se alzaría como un gigante.

Después, tomando una bujía, se dirigió á su aposento, metióse en el lecho y al cabo de algunas horas de inquietud en que pronunciaba el nombre de su hermano, de Carlota y de su amada, se quedó profundamente dormido, no sin pensar en el fatalismo de la canción italiana nacida en las orillas del Adriático.

XII.

Luego que el capitán hubo desaparecido, Guadalupe se arrodilló y llorando dirigió á Dios una plegaria, que subió en alas de los ángeles hasta trasponer esa bóveda de diamantes, primer destello del Génesis en el día de la creación

CAPITULO DECIMO TERCERO

EL DESIERTO.

I

Envuelto en las tempestades de la derrota, pero con la fé ciega en el porvenir y en el triunfo de las armas de la República, atravesaba Juárez las llanuras del desierto, como *Moisés*, llevando consigo las esperanzas y la libertad de un pueblo.

Aquella pequeña caravana cubierta con el polvo de los huracanes, azotada por las ráfagas del Norte, acosada por el sol del desierto, no levantaría en la catástrofe política el *becerro de oro* de la intervención para adorarlo.

Aquel grupo de hombres llevaba el sentimiento del patriotismo, llevaba la fé de la revolución, llevaba la República!

Las simpatías de la nación se fijaban en ese punto del horizonte que caminaba como una sombra entre las tormentas de australes hasta detenerse en los confines del horizonte de la patria.

La humanidad y la historia seguían esas huellas como la estela de la libertad en los mares inquietos de la revolución.

Juárez, rodeado de los hijos de la República, que le habían seguido á las apartadas regiones del Norte, como los guardianes del arca de oro en que estaban depositadas las *Tablas de la Independencia*, es más grande que Napoleón I atravesando el desierto de las Pirámides para subyugar á un pueblo.....!

¡Que doloroso con traste al detenerse aquella caravana nómada en el límite de la República, desde donde comienza la patria de Jakson y de Lincoln!

De un lado de aquella línea imperceptible, una nación grande, poderosa, que lanza mil barcos en todos los mares, que ostenta su armadura de hierro ante el mundo civilizado, que posee una bandera intacta con las estrellas más deslumbrantes del nuevo continente, que apoya su cabeza en el Capitolio, extiende sus brazos hasta las regiones polares y se duerme al rumor de la Catarata del Niágara!.....

¡Del otro lado opuesto el territorio mexicano!.....

¡Hay! nuestro pecho se oprime dolorosamente, y nuestras lágrimas, contenidas por tantos años de infortunios, se agolpan á nuestras pupilas!.....

¡México, esa patria tan querida, donde palpita aún la caliente sangre de nuestros padres y nuestros hermanos, sobre las tumbas abiertas por la revolución!

Esa vasta extensión, ceñida por las aguas del Atlántico y el Pacífico, encierra el mundo de recuerdos que forman la historia de nuestras desventuras y de nuestras glorias.

Cada montaña es un monumento donde se escribe el nombre de una batalla.

Cada campo el sitio de una hecatombe.

¡Cada bosque la historia de un combate ó de una derrota!....

¡Donde veas un pueblo incendiado, una ciudad abandonada, un campo cubierto de Cruces, y unos niños llenos de harapos, que huyen al percibir la nube del polvo que levanta vuestro caballo, deteneos un instante y descubrid con respeto vuestra frente; estáis en presencia del heroísmo y delante de los mártires de la independencia!.....

¡Aquellas ruinas hacinadas, aquellas cenizas que arrebatan el soplo de los huracanes, guardan una página sombría para la humanidad y un timbre de gloria patrial!.....

En medio de esta desolación, oíd entre el grupo de las montañas y en todas direcciones el eco de los mosquetes y los gritos de la pelea

¡Más allá!todavía más allá.....donde el desierto parte sus soledades con el suelo de Washington, á un hombre fatigado por los tormentos de la peregrinación, con el alma henchida de amargura, la frente sombríamente serena, apoyando sus brazos en los hombros de los más fieles de sus compañeros,

esos espíritus tranquilos que han alumbrado con la antorcha de su inteligencia la marcha de la revolución, como los genios de la esperanza y del porvenir!.....

Todos evocando con el aliento y el corazón á la República y á la libertad!

¡Ay! nosotros también las hemos llamado con la té del alma desde los sombríos calabozos de Ulúa, desde la frágil barca que nos conducía por las ondas tormentosas del Golfo á las mortíferas playas de nuestro destierro.....

II

El presidente Juárez había establecido su residencia en Paso del Norte, y donde quiera que se alojase, sólo su presencia hacía del edificio el Palacio Nacional.

Era la hora del despacho: el presidente estaba á su bufete acordando con el secretario particular.

Vestía todo de negro, y conservaba la misma serenidad y reposo que en los días de su poder.

La desgracia no había podido alterar aquel semblante siempre quieto en las vicisitudes de la política.

Nadie al verlo en aquella reserva digna é imponente, hubiera creído que aquel miserable suelo era el girón postrero de sus dominios.

Desde el último palmo del territorio nacional, sentenciaba á muerte al imperio y esperaba la hora, que sonaría al fin en el reloj del destino, en que el pueblo renaciera de aquel sopor de muerte que le aletargaba.

Algo debió encontrar en su correspondencia de los Estados Unidos, que hizo inmutar aquel semblante donde nunca ha surcado un relámpago de indignación, ni se ha dilatado con una sonrisa de ironía á las decepciones que han marchitado sus esperanzas de hombre público.

Llevó las manos á su frente como quien desea apartar las sombras de una pesadilla.

—Haga usted llamar al ministro de relaciones, dijo al secretario.

Este salió inmediatamente.

A los diez minutos penetró en el despacho el ministro, ese hombre inflexible, enérgico, todo inteligencia, todo luz, todo elocuencia, el hombre de Estado de nuestro país, intransigente en la legitimidad constitucional, el Felipe II de la religión democrática.

—Malas noticias, señor ministro.

—Malas noticias, señor presidente. En México ha sido fu-

silado Nicolás Romero y sus oficiales, han asesinado à Rojas, han derrotado à Pueblita. la tropa francesa se ha unido con Mejía en Matamoros; incidentes sangrientos por toda la nación. En medio de esta derrota ha habido solución de continuidad; en Altata, Rosales derrotó à franceses y argelinos, haciendo multitud de prisioneros; el señor presidente sabe que Rosales es uno de los jefes más valientes de la revolución. En la capital son atropellados nuestros periodistas, hasta ser llevados en grupo de patrulla à un consejo de guerra.

—Esto es horrible!

—Sí, pero las revoluciones se alimentan con sangre, yo espero la hora de la justicia. La toma de Richmond ha decidido la cuestión; libres los Estados-Unidos de la guerra interior, y se fijarán en la política extranjera: la correspondencia que llevamos con el presidente Lincoln nos garantiza, el porvenir.

—Lea usted, lea ese parte de nuestro ministro en Washington.

El ministro tomó con calma el pliego, y leyó para sí:

“Washington, 15 de Abril, à la 1 y 30 minutos de la mañana.

A las nueve y media de la noche, y hallándose el presidente en el palco de su propiedad, en el teatro de Ford, en el que también se encontraba la esposa de Mr. Lincoln, Mr. Harris y el Mayor Rathburn, un asesino entró de repente en el palco, y acercándose el presidente por la espalda, le disparó un pistolazo à quemarropa.

El asesino saltó entonces al escenario, blandiendo un puñal ó cuchillo de gran tamaño: *sic semper tiranis!* gritó, y desapareció por el fondo del teatro. La bala entró por la parte posterior de la cabeza del presidente y atravesó todo el cerebro. La herida es mortal. El presidente ha estado insensible desde que fué herido y ahora está agonizando.

Casi à la misma hora, un asesino que no se sabe si es el mismo del presidente, penetró en casa de Mr. Seward, y so pretexto de que llevaba un remedio, hizo que le enseñasen la alcoba del enfermo.

El asesino se avalanzó rápidamente al lecho, y dió à Mr. Seward dos ó tres puñaladas en la garganta y dos en la cara.

El enfermo dió la voz de alarma, y Mr. Frederic Seward, que se hallaba en la habitación inmediata, acudió precipitadamente en auxilio de su padre; pero no pudo lograrlo, porque el asesino se arrojó sobre él y le dió una ó más puñaladas que probablemente resultarán mortales.”

El segundo despacho decía:

“El presidente Abraham Lincoln, expiró esta mañana à las 7.22 minutos —El presidente Johnson toma hoy posesión del gobierno.”

—Es una contrariedad, dijo el ministro de Juárez; y se

puso à redactar con fria calma la carta de *pésame*, y la de felicitación al nuevo presidente de los Estados-Unidos.

III.

El general Edmundo Lee había entregado su espada, cien veces vencedora, en manos del general Garnt.

Desde ese momento la confederación entraba en el panteón político de las revoluciones abortadas.

Esta guerra de titanes concluida en un momento dado, fué un golpe rudo à la Europa, que había declarado beligerantes à los confederados.

La España vió perdidas las colonias de Ultramar, y la Inglaterra temió por sus posesiones en el Canadá.

Esa Europa agitadora de la guerra civil en América, se puso sus vestiduras de luto, y envió sus cartas de *pésame* al capitolio, más bien por la derrota de Richmond que por la muerte de Abraham Lincoln.

¡Johnson, el enemigo mortal de las dinastías, se sentaba en la casa Blanca omnipotente, orgulloso delante de la primer marina del mundo y de dos millones de ballonetas!

IV.

En la antesala del ministro de Paso del Norte, estaba un oficial que había venido de extraordinario, trayendo la funesta noticia de la derrota y fusilamiento de Nicolás Romero.

Los empleados y oficiales formaron corrillo y comenzaron à dirigirle preguntas de curiosidad.

—¿Cómo estuvo la derrota, compañero? pregunto un capitán, ayudante del presidente.

—Amigo, hace mucho tiempo que la desgracia nos persigue; hemos atacado cien veces à Morelia y las poblaciones todas de Michoacán, y otras tantas nos han arrojado à la sierra; pero nunca nos ha pasado lo que hoy. Figúrense ustedes que después de la derrota, caminamos treinta leguas sin parar; nuestros caballos se rendían à la fatiga, y nosotros no estábamos menos cansados. En un pueblito cerca de Apatzingan nos detuvimos à tomar resuello, creyendonos muy lejos del enemigo. A las cuatro horas, los cazadores de Africa nos dieron alcance, sorprendiéndonos por completo. Nicolás Romero no

tuvo tiempo para defenderse ni buscar su caballo. En medio del desorden en que todos caímos prisioneros, Nicolás se subió á un árbol de la plaza, donde pasó algún tiempo hasta ser descubierto por un maldito francés, soldado del 81.

—¡Pobre Nicolás!

Romero era un hombre de corazón, no se acobardó en presencia de su desgracia; por el contrario estaba alegre, y eso que sabía la suerte que le esperaba.

—¿Y usted como escapó de los franceses?

—Es un caso muy original.

—Algún chico probablemente.....

—No, nada de eso. Estabamos en el mismo calabozo y engrillados, el comandante Martínez y yo. Al otro día de la derrota, llegó violentamente por la posta y á mata caballo, un oficial de la guardia imperial, y entregó un despacho al jefe francés, que lo llevó á nuestra prisión.

—¿El comandante Pablo Martínez? preguntó el austriaco.

—Presente.

—De orden de S. M. está usted libre; se le devolverán á usted sus caballos y armas y se le dará un pasaporte para donde le parezca.

—Yo no salgo de aquí dijo Martínez, sin mi compañero el capitán Quiñones.

—No rezan con él las órdenes.

—Pues yo no pondré un pie en la calle sin mi compañero de armas.

El oficial habló por lo bajo con el comandante francés, y después de un momento, dijo:

—Concedido, salgan ustedes violentamente antes que llegue el fiscal de la corte Marcial.

—Salimos Martínez y yo de la prisión, tomamos nuestros caballos, y provistos de pasaportes, nos dirigimos al centro de nuestras operaciones.

—¿Qué le parece á usted, comandante, de nuestra aventura? pregunté á Martínez.

—Que aquí hay gato encerrado, esta gente no es generosa sino cuando le conviene; vea usted que es mucho, haber conseguido la libertad de usted, sólo con iniciarlo, ¡demonio! esto me tiene triste, no quisiera que haya algo por lo que estos austriacos me consideren.

Llegué á la montaña y allí me encontré al coronel Fernández que me envió con pliegos para el señor presidente.

—¿Y cómo ha atravesado usted el desierto?

—Es cosa muy seria: la casualidad hizo que me encontrase con el extraordinario de los franceses; que venía con una escolta de Cazadores, les dije que iba á Chihuahua por unas pieles y he venido en su compañía; parece que traen pliegos para la retirada de la guarnición.

V.

—El señor ministro llama al capitán Quiñones.

—Con permiso de ustedes.

—Tomaremos la sopa juntos.

—Con mucho gusto, acepto desde luego, ya tengo gana de comer algo caliente.

Quiñones entró en el despacho del ministro.

—La correspondencia está aquí, dijo el ministro, importa que la lleve usted inmediatamente á Michoacán; importa que Régules y Riva Palacio den cumplimiento á esta órdenes.

—Está bien, señor.

—Tenga usted otro pliego, es el despacho de comandante para usted, y el de teniente coronel para Martínez.

—Mil gracias, respondió Quiñones lleno de gozo.

—Pase usted á la comisaría, donde se le ministrarán dos pagas de marchas; diga usted á todos los compañeros que no dejen de trabajar por la independencia, que el señor presidente no olvida los servicios de los buenos hijos de México, y que los sabrá recompensar dignamente.

VI.

Quiñones salió á reunirse con sus compañeros.

Todos se dirigieron á la fonda, donde comenzó una conversación tendida sobre las aventuras de la campaña.

—Fué un lance graciosísimo, decía Quiñones, estaba yo apasionado como un bruto de la muchacha, la seguía por todas partes, por las noches bajaba yo al pueblo, merced á un disfraz; le hablaba con entusiasmo y ya estábamos de parar y correr, cuando se me ocurrió robármela.

—¡No deja de ser ocurrencia!

—Le escribí el plan de campaña, que estaba perfectamente dispuesto y meditado. Llegó el momento de ponerlo en práctica y marché con otros amigos y un caballo de vacío para la muchacha. Estoy en acecho toda la noche, suena la hora convenida, la puerta se abre y sale mi bellísima novia. Sin decirle una sola palabra la pongo en el caballo, y á todo escape huyo con mi presa más ligero que un venado..... Al amanecer, ¡cuerno del diablo!.....al amanecer.....pero no, esto merece una copa.

Llenáronse los vasos de licor y saludaron el desenlace del cuento entre gritos y palmoteos.

—Decía que ameneció, ¡y ojalá que nunca hubiera amenecido! Acércome á la chica, levanto el ala del sombrero, y.....otra copa, camaradas.

Todos bebieron.

—Levanto el ala del sombrero y me encuentro con una horrorosa vieja pinta, cuya fisonomía agria y desesperada me hizo dar un grito que alarmó á mis compañeros.

—¿Qué hace usted, bruja infame, sobre mí caballo?

—Venía á avisar á usted que el señor sorprendió la carta y todo se lo ha llevado la trampa.

—¿Y no podía usted haber hablado antes?

—Si usted no me dejó, señor capitán; me tomó por la cintura, y yo me dejé, porque ya estoy acostumbrado á estos asuntos.

—¡Bájese usted inmediatamente y lárguese con todos los diablos! y plantándola en el arroyo me alejé entre la rechiffa de mis amigos de aventura.

Un aplauso estrepitoso saludó el desenlace del cuento.

—¿Y no ha encontrado usted por casualidad á mi coronel Lozada?

—Entre la escolta de los franceses, y disfrazado completamente, venía el coronel; una de sus carcajadas me lo denunció. El maldito iba de regreso á Durango después de una aventura sumamente trágica.

—¿Lo había derrotado?

—Era peor lo que había sucedido.

—Estaba herido seguramente.

—Más aún.

—¿Estaba muerto?

—Casi, el infeliz coronel se había casado,

—*Hombre al agua*, dijo un capitán.

—Requiescat, contestó Quiñones.

—Y hablando de otra cosa más seria, díganos usted, capitán, qué tal se portó Romero en los últimos instantes.

—Dicen que como un héroe: después de haber sostenido ante el consejo de guerra, que no era un bandido aunque así lo considerase la ley del imperio, y que sus armas sólo se empleaban en servicio de la independencia, oyó el fallo del tribunal impasible y sereno. Al día siguiente lo sacaron á la Plazuela de Mixcalco. Puesto en el lugar de la ejecución, arengó al pueblo y dando tres vivas á la libertad cayó atravesado por las balas. El sargento francés le puso el mosquete en la cabeza y disparó el tiro de *gracia*. Todos los compañeros murieron con igual serenidad.

—Ya les haremos nosotros otras *gracias* que les han de caer sumamente pesadas ¡rayo! el primer francés que caiga en mis manos se lo ofrezco al difunto Nicolás Romero.

—Era bueno empezar por el dueño del café, dijo otro joven oficial; lo ahorcaremos en la cantina y beberemos su vino por el descanso de su alma.

El francés cantinero se escurrió para la trastienda, temiendo seriamente por su existencia.

VII.

En esos momentos los tambores y cornetas tocaron diana en la puerta de la fonda, porque se había esparcido la noticia del acenso de Quiñones.

—¡Viva México, compañeros!

—¡Viva mil veces, comandante! gritaron entusiastas todos los amigos.

La cantina se trasplantó en la mesa y la más espantosa tormenta de brindis, aplausos, carcajadas, maldiciones y gritos se alzó en la fonda, donde acudieron en tumulto los camaradas.

No hay nunca tristeza en el campo de la revolución, sino en aquellos días en que ha desaparecido para siempre algún compañero.

Hambrientos, llenos de harapos, perseguidos, pero siempre llenos de esperanza, sin vacilar en los momentos de crisis y de infortunio.

En las horas de desgracia todo es abnegación, las aspiraciones desaparecen, la amistad se estrecha y la ambición se reserva para la época del triunfo; entonces se está en el terreno de los méritos.

Así vemos sufrir con resignación aun á personas que han vivido en el lujo y las comodidades; hay cierto amor propio en sufrir, porque la corona del patriotismo no se teje en las ciudades ni en los magníficos salones de los palacios.

VIII

Quiñones se despidió de sus amigos y salió á emprender esa larga correría erizada de peligros y dificultades.

Llegó á Chihuahua, atravesó el camino de Durango y se internó en el desierto que va á esconder sus límites á la vista de Zacatecas.

La sierra de Durango que conduce una cadena de montañas hasta las orillas del Pacífico, es magnífica, es uno de aquellos espectáculos que asombran al alma, aterrorizan el espíritu y paralizan el corazón!

El desierto de América no es como el de la Arabia.

Allí las llanuras forman olas de arena sobre un terreno cascajoso; en el nuestro, esas llanuras están cubiertas de yerba que se alza á un metro de altura, la yerba es amarillenta y fibrosa como la de los cementerios abandonados y tapiza la extensión que se pierde en el horizonte.

¡El cielo y el desierto!.....

¡El Hacedor delante de la tierra en el primer día de la creación!

Por aquellas soledades donde no se ha oído nunca el rugido de una fiera ni el canto de un pájaro, atraviesan los huracanes como una nube imperceptible; nada repite sus truenos formidables, allí la tempestad es un punto negro sobre el horizonte, el hombre una miserable oruga que cruza ignorada por los matorrales.

El sol atraviesa orgulloso sacudiendo su melena de fuego sobre el vasto campo del desierto, peregrino gigante en aquellas soledades!

El iris que abraza el horizonte es un celaje perdido en aquella extensión abandonada!.....

IX.

Hay seres que fuera del dintel de la civilización se han apoderado de aquellos majestuosos lugares y los recorren sin cesar; se albergan en ellos y los convierten en un vasto campo de muerte donde blanquean los restos humanos junto á la señal redentora, cifra que dice al peregrino: "aquí se ha vertido impiamente la sangre de un hermano."

Esos seres á quienes no ha alumbrado la fe del cristianismo; se han tornado en enemigos del hombre, formando un bacanal del asesinato, una nefanda orgía con la sangre humana!.....

Para escarnio de la obra del Criador, conservan la forma del hombre y luce en su cerebro el rayo de una inteligencia siniestra y estraviada.

¡Los bárbaros!

Raza nómada y errante, dueña del desierto, ha ganado á las fieras en crueldad: ha hecho más aún, las ha dominado hasta el terror

Los animales al husmear á largas distancias al *salvaje*, se anonadan, tiemblan, y se detienen ante aquella influencia de maldición.

Como despojos de sus batallas llevan en su cuerpo la piel de las fieras con quienes han combatido.

El *salvaje* toma un gran desarrollo físico, su pecho y espalda son anchos y membrudos, sus brazos y piernas son nervios de acero, la cabeza siempre erguida, los ojos centellantes que se fijan en el sol como los de las águilas sin deslumbrarse; la frente cubierta con una selva de cabellos, que al derramarse por sus hombros, llegan hasta la cintura; sus dientes afilados como los de la serpiente; pies y manos encallecidos; su cutis es impermeable.

Un salvaje atraviesa entre las espinas sin herirse, lleva la cara pintada de colorado y arracadas y argollas en sus orejas.

De las plumas de las aves que caza en los bosques, hace su túnica y penacho, adornando, además, sus jaras y carcaj.

A este aspecto imponente se agrega un torrente de voz cuyos *alaridos* se oyen á grandes distancias.

El hedor que arroja de todo su cuerpo se percibe inmediatamente.

El salvaje tiene una sola idea: la extinción de la raza blanca: la extinción del hombre civilizado.

Así lo vemos atacar las caravanas y no perdonar en su rabia ni á los niños.

Cuando al salvaje encuentra un enemigo valiente, suele conservarlo, y lo lleva prisionero á sus aduares, le consigna tres ó cuatro de sus mujeres, y en cuanto ha engendrado *raza de valientes* le asesina con la misma sangre fría que si se trata de un lobo ó de un berrendo.

Nosotros no creemos en las razas, la civilización es la que hace al hombre, la que forma al individuo y determina su modo de ser en la sociedad.

En los bárbaros tenemos un hecho en contra.

Cae prisionero un muchacho de cuatro años ó menos, se le educa, se le civiliza, y después de muchos años, aquel niño hecho hombre, se escapa toma el camino del desierto y vuelve á sus arduares.

El *bárbaro* es temerariamente valeroso, se hace matar antes que entregarse á merced de su enemigo; no tiembla ante la muerte, marcha al cadalso con una mezcla de indiferentismo idiota.

Muchas veces se suicida en la prisión.

Corren muchas versiones exageradas sobre su organización, se sabe que hay capitancillos y jefes de tribu.

Parece que cada una de ellas tiene sus usos y costumbres, todas bajo las bases del robo y del asesinato.

El salvaje participa, como las fieras, del sentimiento de amor.

Cuando se decide por una mujer, cuelga sus armas á la puerta de la tienda de su querida; si ésta las recoge, es negocio arreglado: si el *bárbaro* las encuentra en el mismo sitio, entonces sabe que no es admitido y huye á la parte más lejana del desierto abandonando sus aduares.

Hay razas que desaparecerán antes que civilizarse.

X.

Quiñones atravesaba el desierto con una escolta de ocho hombres bien armados; faltábanle cuatro días para llegar á Zacatecas.

Hizo jornada en el *Sauz*, que es una de tantas haciendas fabricadas en tiempo de los jesuitas; está derruida pero conserva su forma primitiva.

La hacienda del *Sauz* está circunvalada por una fortificación para defenderse de los ataques de los *apaches* y *comanches*.

Con tal objeto se han levantado esas murallas; pero en realidad no hay quien las cuide.

Sus dueños han visto desaparecer á todos sus jornaleros asesinados por los bárbaros, los campos talados y las chozas incendiadas.

¡La propiedad en el desierto!

Quiñones y su escolta se alojaron en una casuca no lejos de la hacienda.

Cuando ya estaban descansando se llegó uno de los cuidadores de la finca:

—Señores, les dijo, ustedes saben lo que hacen, pero si duermen fuera de la muralla se exponen á ser sorprendidos por los apaches,

Inmediatamente levantaron su campo y se entraron en la hacienda.

Encendieron sus lumbradas y comenzaron á conversar con aquellos infelices condenados á ser tarde ó temprano muertos por la jara de los salvajes.

—¿Por qué están esas cruces con coronas de flores? preguntó Quiñones refiriéndose á cinco cruces puestas á la entrada de la finca.

—Hace ocho días que hubo casamiento en la hacienda; y ¡qué guapos eran los novios, daba gusto verles! la muchacha que era de Espíritu Santo y el muchacho del *Sauz*. Era una pareja lindísima, ¡qué novia señores! alta como un cedro y fresca

como la aurora: del novio nada digo, figúrense ustedes que era mi sobrino, no es por elogiarlo: *pero escupía en rueda de hombres*. Ajustamos el casamiento con mil trabajos; ¡orqueno había un cura que quisiera venir, pero yo arreglé todo; cierto que no salió delo mejor: cuando Dios dispone las cosas no hay más que resignarse. Llegó el día de la boda todo era contento y satisfacción, bebimos hasta atarantarnos. Cerró la noche y des-cuidamos la puerta de la hacienda, y cuando menos lo esperábamos, cate usted que los indios se arrojaron sobre nosotros. En cuanto se lo cuento mataron á los novios y al padre cura yo acudí con mis armas, doblé á dos, pero ellos me mataron á Victoriano y José María, que eran valientes como demonios. Todos los convidados se pusieron en guardia y logramos echarlos fuera de trincheras; no obstante se llevaron la mulada y nos dejaron desesperados viendo el fin tan triste de los novios. Algunos aseguran que todo aconteció por ser día *martes*. Al otro día sepultamos los cadáveres y se les pusieron á las cruces esas coronas que ya ha deshojado el viento del norte.

Esta relación contada sencillamente, manifestaba lo avanzados que estaban á presenciar esos dramas horribles.

Quiñones se impresionó profundamente lo mismo que los soldados de la escolta.

Duerman ustedes que tienen que madrugar: señores, buenas noches.

—Buenas noches.

XI

Al amanecer del día siguiente emprendió Quiñones su camino rumbo á Zacatecas.

La comitiva estaba triste y silenciosa, había encontrado en el camino algunas osamentas de hombres y restos de hogueras no ha mucho tiempo apagadas. Esto tenía sobresaltados á los viajeros.

Cada vez que el aire movía alguna mata les parecía ver salir á los *comanches*.

Caminaron hasta el medio día sin novedad alguna.

Después de sestear un rato, tomaron de nuevo el derrotero con la esperanza de no ser sorprendidos al menos ese día.

Al llegar á una pequeña loma donde la yerba era mas tupida y espesa, los caballos empezaron á temblar horribilmente, respiraban con dificultad y relinchaban de terror.

Quiñones estaba demudado.

—Señor, dijo un soldado de la escolta, los caballos husmean à los indios.

Un alarido, como el silbo de la ceraste, se dejó oír cerca de la caravana.

A este alarido siguieron otros muchos
Hombres y animales estaban amilanados

Dos apaches se pusieron delante de la escolta á una distancia regular, comenzando un baile grotesco, para deslumbrarla con el cardillo que producían multitud de espejitos que tenían en todo el vestido.

—¡En batalla! gritó Quiñones.

Los dragones obedecieron preparando sus carabinas y en espera de ser atacados.

Dos jaras silvaron á retaguardia de la escolta y derribaron dos jinetes que cayeron agonizantes.

—¡Estamos perdidos! exclamó Quiñones; y quiso emprender la fuga, pero su caballo no obedecía á los acicates.

Acercáronse los salvajes sin disparar sus arcos, recibieron la descarga del revólver del comandante, esquivándose diestramente, y apresaron á Quiñones y á sus soldados sin que pudieran evitarlo los disparos de sus armas.

XII.

En el momento asesinaron á los dragones.

Dieron de puñalados á los caballos y apagaron su sed en la caliente sangre de aquellos nobles animales.

¡Aquello era una escena de caníbales!

Quiñones perdió toda esperanza: sus ojos se humedecieron.

El pobre soldado quería haber muerto en el campo de batalla.

Le ataron los brazos á la espalda, lo arrodillaron, y uno de aquellos salvajes sacó una navaja perfectamente afilada y con una habilidad sorprendente, la pasó en derredor de la cabeza de Quiñones y le arrancó la *cabellera*, que rechinó horriblemente, al desprenderse, dejándole el casco desnudo y ensangrentado.

Quiñones cayó con la violencia del rayo y comenzó una agonía trabajosa.

Los apaches daban alaridos de gozo salvaje, y con un lujo de destreza flecharon el corazón del valiente guerrillero.

Después se perdieron en las regiones del desierto con los despojos de su victoria!

XIII.

Quando el general Patoni hizo la travesía del desierto, donde quedaron muertos de hambre y de sed las dos terceras partes de sus soldados, encontró sobre una osamenta, las comunicaciones del ministro de Gobernación, y por el pasaporte supieron que aquellas restos pertenecían al valiente comandante Julián Quiñones.

CAPITULO DECIMOCUARTO.

LAS CONDECORACIONES.

I.

El matrimonio del mariscal Bazaine había llamado justamente la atención de la corte, y todas las jóvenes se creyeron que pronto los personajes las irían eligiendo para esposas, y entrarían en el gran mundo.

La corte de Maximiliano I contaba con algunos príncipes, condes y barones, todos en espera de alguna muchacha rica, de todo punto necesaria para saldar sus deudas y contraer otras nuevas.

Las familias que figuraban en primer término no se iban de bruces, y si aceptaban la comedia imperial, no se manifestaban muy dispuestas á entrar en estrechas relaciones con los extranjeros.

Regularmente las dignidades de la corte traían gastos capaces de arruinar la mejor fortuna; pero el orgullo humano sacrifica hasta el bienestar privado por un momento de ostentación y de brillo.

Todos los adictos al imperio ambicionaban una cruz de Guadalupe, ó alguna distinción, aún cuando fuese la medalla de cobre del mérito civil.

Había algunos padres que hubieran dado una oreja porque sus hijas entrasen al servicio de la emperatriz.